

Severo juicio contra Filarco. – Objeto de la historia. – Diferencias entre ésta y la tragedia. – Los mantineos abandonan la liga de los aqueos y son reconquistados por Arato. – Perfidia que éstos cometen con la guarnición aquea, y benigno castigo a tal delito.

Ya que, en cuanto a la historia de esta época escrita por Arato, en el concepto de algunos merece más aprobación Filarco, que en muchas cosas opina de modo diferente y asegura lo contrario, será procedente o más bien preciso, puesto que hemos optado por seguir a Arato en las acciones de Cleómenes, no permitir quede indeciso este punto, por no dejar en los escritos la impostura con igual poder que la verdad. Generalmente este historiador expone por toda su obra muchas expresiones, sin más reflexión que conforme se le presentaron¹. Prescindiendo de obras que no es menester tacharle ni censurarle por ahora, solamente haremos juicio de aquellas que coinciden con los tiempos de que vamos hablando y pertenecen a la guerra cleoménica. Esto será precisamente lo que baste para demostrar todo el espíritu que le animaba y lo que podemos esperar de su historia. Para manifestar la crueldad de Antígono, de los macedonios, de Arato y de los aqueos, dice que tras ser sojuzgados los mantineos, sufrieron grandes desgracias, y la mayor y más antigua ciudad de la Arcadia fue afligida con tantas calamidades, que a todos los griegos excitaba a compasión y llanto. Para mover a compasión a los lectores y hacer patético el discurso, nos representa, ya abrazándose las mujeres, los cabellos desgreñados, los pechos descubiertos; ya lágrimas y lamentos de hombres y mujeres que sin distinción eran arrebatados con sus hijos y ancianos padres. Siempre que quiere describirnos el horror, incurre en el mismo defecto por toda la obra. Omite lo bajo y afeminado de su estilo, y paso a examinar lo que es peculiar y constituye la utilidad de la historia.

No es preciso que un historiador sorprenda a los lectores con lo maravilloso, ni que excogite razonamientos verosímiles, ni que exponga con nimiedad las consecuencias de los sucesos. Esto es bueno para los poetas trágicos; él debe contar los dichos y hechos según la verdad, por insignificantes que parezcan. El objeto de la historia y de la tragedia es muy diferente. La tragedia se propone la admiración y momentánea deleitación de los oyentes por medio de pensamientos los más verosímiles; la historia, la perpetua instrucción y persuasión de los estudiosos por medio de dichos y hechos reales. En la tragedia, como sólo es para embeleso de los espectadores, se emplea la probabilidad, aunque falsa; pero en la historia reina la verdad, como que es para utilidad de los estudiosos. Aparte de esto, Filarco nos cuenta la mayoría de los sucesos sin hacer suposición de causa ni modo como sucedieron, sin cuyos requisitos no es posible que nos compadezcan con justo motivo ni nos irriten a tiempo oportuno. Por ejemplo, ¿quién no sufrirá

1. Una vez más, Polibio adoctrina sobre cómo debe escribirse la historia; de qué manera documentarse, utilizar las fuentes y, al cabo, deducir lo pertinente para aleccionar debidamente a las generaciones contemporáneas y venideras.

con impaciencia ver azotar a un hombre libre? Sin embargo, si el tal es autor de algún delito, se dice que le está bien merecido, y si esto se hace para corrección y escarmiento, merecen a más estimación y gracias los que lo impusieron. De igual modo, quitar la vida a un ciudadano se reputa por la maldad más execrable y digna de los mayores suplicios; con todo es claro que matar a un ladrón o adúltero es lícito, y vengarse de un traidor o tirano merece recompensa. Tan cierto como esto es que, para juzgar una acción, no tanto se ha de mirar al hecho cuanto a la causa, intención del que la ejecutó y diferencia de casos.

En este supuesto, los mantineos, abandonada voluntariamente la liga de los aqueos, entregaron sus personas y patria a los etolios, y después a Cleómenes. Ya habían abrazado este partido y formaban parte del gobierno lacedemonio, cuando cuatro años antes de la venida de Antigono, sobornados por Arato algunos de sus ciudadanos, los conquistaron a viva fuerza los aqueos. En esta ocasión, lejos de venirles mal por el mencionado delito, por el contrario, todos celebraron lo que entonces pasó: tan repentino fue el cambio de voluntades de uno y otro pueblo. Efectivamente, lo mismo fue apoderarse Arato de la ciudad, que prevenir a sus tropas no tocasen al bien ajeno. Luego, reunidos los mantineos, les persuadió tuviesen buen ánimo y permaneciesen en sus casas, pues vivirían seguros mientras estuviesen asociados a los aqueos. A la vista de un tan inesperado y extraordinario beneficio, los mantineos cambiaron súbitamente de sentimientos. Y aquellos que poco antes enemigos de los aqueos habían visto perecer a muchos de sus parientes y a no pocos ser víctimas de la violencia recibieron ahora a estos mismos en sus casas, los convidaron a comer consigo y demás parientes, y no hubo urbanidad que entre unos y otros no se repitiese. Y en verdad que tuvieron para esto sobrado fundamento, pues no sé que jamás hombres hayan caído en manos de enemigos más benignos, ni que de infortunios al parecer más grandes hayan salido con menos pérdidas que los mantineos, por la humanidad con que Arato y los aqueos los trataron.

Más tarde, viendo las conmociones que entre ellos existían, y comprendiendo los ocultos designios de los etolios y lacedemonios, enviaron legados a los aqueos rogando les prestasen auxilio. Los aqueos se lo concedieron y sortearon trescientos de sus propios ciudadanos. Aquellos a quienes cupo la suerte, abandonando su patria y bienes, fueron a vivir a Mantinea para proteger la libertad y salud de estas gentes. Remitieron también doscientos extranjeros, que junto con los aqueos mantenían la tranquilidad de que antes gozaban. Pero transcurrido poco tiempo, sublevados entre sí los mantineos, llamaron a los lacedemonios, les entregaron la ciudad y pasaron a cuchillo a los aqueos que vivían en su compañía; traición la mayor y más detestable que se puede imaginar. Pues ya que se propusieron olvidar del todo los beneficios y amistad que tenían con los aqueos, debieran por lo menos haber perdonado esta guarnición y permitido se retirase bajo una salvaguardia. Esto se acostumbra conceder por derecho de gentes aun a los enemigos. Pero ellos, por dar a Cleómenes y los lacedemonios una prueba suficiente del designio que maquinaban, violaron el sagrado derecho de gentes y cometieron la mayor impiedad por su gusto. ¿De qué odio no son dignos hombres que por sí mismos se constituyen homicidas y verdugos de aquellos que, ocupada por fuerza poco antes su ciudad, los habían perdonado, y a la sazón estaban custo-

diando su salud y libertad? ¿Qué pena será condigno castigo a su delito? Acaso me dirá alguno: ser vendidos con sus hijos y mujeres, puesto que fueron conquistados. Pero ésta es ley de guerra que se usa aun con aquellos que no han cometido perfidia alguna. Luego son acreedores de suplicio mayor y más acerbo. De modo que, aunque hubieran sufrido lo que Filarco nos cuenta, no debieran los griegos haberles tenido compasión, por el contrario haber aplaudido y aprobado el hecho de los que vengaron impiedad semejante. Pero no obstante no haber padecido los mantineos otro castigo en este infortunio que el de ser saqueados sus bienes y vendidos los hombres libres, Filarco, por dar algo de portentoso al caso, no sólo nos forjó un simple embuste, sino un embuste inverosímil. Su excesiva ignorancia no le dejó reflexionar sobre otros hechos coincidentes. Y si no, ¿cómo los aqueos, apoderados a viva fuerza de la ciudad de Tegea, por aquel mismo tiempo, no ejecutaron con éstos igual castigo? Porque, si la causa de este proceder se ha de atribuir a la crueldad de los aqueos, era normal que, conquistados al mismo tiempo los de Tegea, hubieran sufrido la misma pena. Convengamos, pues, en que, si con solos los mantineos usaron de mayor rigor, prueba evidente es de que también éstos les dieron mayor motivo.